

ROMANCE DE ROGER DE SANYELL

I. La Partida de Ajedrez

Cuando el padre de Ramon murió, los límites de su territorio, que llevaba más de treinta años de paz, eran los más extensos de todo el Rosellón, pues el vizcondado de la Casa de Sanyell abarcaba desde la frontera con Occitania, al norte, hasta los Pirineos, al sur. “Nada enturbiará nuestra suerte, Ramon, si consigues ser un buen administrador” solía decirle su padre, “tienes que aprender a ser osado, pues ante todo somos guerreros, pero también has de mostrar sabiduría y templanza en tus actuaciones o sino acabarás muerto, o peor aún, privado de tu honor y de tus posesiones”. Estas palabras se habían quedado grabadas en la mente de Ramon y jamás las olvidaría... aunque, paradójicamente, el intento de seguir los consejos de su difunto padre finalmente le acarrearían la desgracia.

Ramon no poseía una vasta familia. Su mujer, originaria de una familia del norte, se llamaba Chantale, que no tenía traducción, pero los lugareños habían acabado adaptando su nombre a una pronunciación más fácil, así que hablaban de ella como Xantal. El matrimonio de Sanyell tenía tres hijos, dos varones y una niña: Enric y Armand de Sanyell se sacaban escasamente dos años de edad y eran bastante parecidos físicamente, pues ambos tenían el pelo rubio de su madre y los ojos castaños de su padre, y ambos eran altos y corpulentos; no obstante, sus caracteres tenían poco que ver entre sí. Enric era más aguerrido, testarudo, enojadizo y obcecado, mientras que Armand era más tranquilo y más astuto y estratega, pero también menos dotado para el arte de la guerra. Aún así, los dos eran extraordinariamente ambiciosos. Su hija



pequeña, en cambio, era la más diferente de los tres: para empezar, tenía un pelo oscuro, muy oscuro, que caía alrededor del óvalo de su sonrosada cara formando tirabuzones, y los ojos eran de color verde esmeralda, al igual que los de su madre. De ellos también le distanciaba su carácter.

Pero la mala fortuna se cebó con Roser de Sanyell el mismo día en que cumplía doce años cuando, por primera vez en la vida, se hacía mujer. Cuando Francesca, su nodriza, se enteró de lo acontecido aquella misma mañana, apresuró a contárselo a su madre y ambas decidieron que no era el momento propicio para que Roser mantuviera mucho contacto público. Tanto era así que, en su propia fiesta de cumpleaños, se tuvo que anunciar que la señorita estaba indispuesta y que por lo tanto no podría disfrutar de toda la velada. No obstante, a Roser no le quedó más remedio que bajar unos minutos al gran salón del castillo para saludar a los invitados de su padre.

Entre todos los caballeros que se encontraban en aquella sala, se acercó a hablar con la joven un apuesto hombre, de unos 20 años, que hablaba con acento extranjero.

- Vos debéis ser Roser de Sanyell... ¿verdad? –dijo el caballero con vacilación.
- Sí... ese es mi nombre, ¿y vos?
- ¡Por supuesto!, tenéis los mismos ojos que vuestra madre, ¡estúpido de mí!, ¿cómo podía dudarlo? –afirmó con la más cordial de sus sonrisas –mi nombre es Guillaume de Vielha, encantado de conoceros, señora. –dijo mientras hacía ademán de arrodillarse. – Siento un gran placer por conoceros.
- Oh, no hace falta que os inclinéis ante mí. En realidad tan sólo soy una simple doncella... y el placer es mío... señor. –contestó ella en occitano.



- Veo que habláis mi lengua muy bien para ser una simple doncella.
- Ciertamente mi madre ha querido instruirme en el dominio de idiomas, entre ellos el de la bella lengua provenzal, que ha dado al mundo insignes trovadores, señor.
- Os veo muy ilustrada, si me permitís afirmarlo, ¿qué otros idiomas conocéis?
- El francés, que es la lengua de mi madre, así como el toscano y el latín.
- Y también está haciendo grandes progresos en griego, ¿verdad Roser?
-interrumpió la nodriza volviendo al catalán. –Oh, disculpad mi intromisión. No quería mostrarme maleducada.
- No se preocupe, supongo que si conoce bien a Roser quién mejor que usted para asesorarme, ¿no? –dijo alegremente Guillaume. –Venga, continúe, no se interrumpa.
- Pues mirad, también sabe geografía, álgebra, gramática, historia y literatura, pero lo más importante de todo es que la señorita está siendo educada para ser una perfecta esposa y madre, además de ama de su hogar. Ya sabe muy bien como tiene que dirigir a los criados, ¡y eso que sólo tiene doce años!, la verdad, es que en ese sentido ha adquirido, sin duda, todas las virtudes de la señora Xantal.
- No lo pongo en duda.
- Pero además...
- ¿Además?
- Permitidme que os diga, que es una maestra en el noble juego del ajedrez.
- ¡Caramba!, ¿os gusta el ajedrez, Roser?
- Sí.
- Claro que le gusta, ya os digo que es toda una maestra.
- Ya será menos... usted está exagerando.



- Señor Guillaume, -interrumpió Roser- en mi más modesta opinión, soy algo más que una principiante. –Se aventuró a decir.
- ¿De veras? –Roser se sonrojó ante la sorpresa del caballero. -¿Una *simple* doncella como vos?
- Disculpadme, no era mi intención parecer pretenciosa...
- Os disculpo... ¡con una condición! –al decir estas palabras, la cara de Roser mostró tal asombro que parecía un cuadro. –Quiero retaros.
- ¿Retarme?
- Sí, a una partida de ajedrez, ¿qué os parece?, a ver si es verdad que sois algo más que una novata...

En esos momentos, Ramon de Sanyell, que no había parado de quitarle un ojo de encima a su hija, interrumpió la conversación.

- ¡Ah, pamplinas!, ¡todo eso son pamplinas y fantasmas de mujer que le ha metido su madre en la cabeza!, ¡Bah! franceses...
- ¿Cómo decís? –preguntó Guillaume.
- Que eso del ajedrez, la geografía, la literatura, las lenguas... son historias ridículas de su madre. Con que hubiera aprendido a leer, a escribir y latín hubiera sido suficiente. Y modales, por supuesto.
- Señor Ramon, disculpad mi impertinencia, pero con todas esas virtudes creo que vuestra hija es oro en paño.
- ¡Y tanto que lo es, querido Guillaume!, je, je, ¡y tanto que lo es!, no os lo discuto, ¡y más que valdrá cuando sea mujer casadera!... porque ya le queda *poco*, ¿sabéis? –gritó Ramon mientras le hacía un guiño al caballero.
- ¿Cómo cuánto?
- ¿Cuánto?
- ¿Cuánto valdrá?



- ¿Cómo?, ¿queréis comprarla? –bromeó Ramon.
- ¿Me la estáis vendiendo, señor?
- Mmmm... digamos, que su dote será grande, muy grande... al fin y al cabo es la única hija que poseo...

II. El Aprendiz

Una mañana, tres años después de aquellos hechos, se encontraba Roser con su nodriza en la carroza circulando por el medio de la ciudad. Al pasar por la calle de los artesanos, la joven insistió en acercarse a algunos de los puestos.

- Vamos, Francesca, me gustaría comprarle algo bello a mi madre.

Después de discutir a regañadientes la conveniencia o no de bajar del vehículo, finalmente la nodriza accedió con la condición de que no se entretuvieran demasiado, pues había que volver presto al castillo.

Roser se distrajo contemplando los cueros, pues sus autores mostraban haber realizado un duro y detallado trabajo en cada una de sus obras. En concreto, a la muchacha le sorprendió el magnífico pulido de un zurrón que parecía que se fuera a deshacer en las manos.

- ¡Qué maravilla para un simple pastor! –exclamó.
- Imaginaos entonces las magnificencias que tenemos para insignes personalidades como vos. –contestó el artesano.

Atravesando todos los puestos de los curtidores, llegaron hasta la zona de carpintería, cerámica y cestería, y avanzando un poco más, a donde los textiles y la orfebrería. Detrás de los orfebres estaban los joyeros –más



refinados, pues trabajaban exclusivamente las piedras preciosas- y, detrás de éstos, los cristaleros. Allí Roser descubrió objetos tan bellos que le cautivaron más, si cabe, que el zurrón que había visto. Entre ellos, pudo observar una hermosa copa de cristal que contenía zafiros, perlas, oro y filigranas.

- ¡Es el objeto más bello que he visto nunca! –exclamó admirada. -
¿Quién es su autor?
- ¿Eso os parece bello?, ¿acaso no habéis observado, mi bella dama, otras maravillas mejores que ésta? –le contestó sarcásticamente un hombre moreno, gordo y de mediana edad que portaba una espesa barba cana.
- ¿Cómo?, ¿no le gusta?, ¡si es asombroso!
- Permitidme que ose a llevaros la contraria, señora, pero si os fijáis bien encontraréis otros objetos de mucho más valor y mejor trabajados. La copa, permitidme que os lo diga, a su lado es bastante tosca, pues al fin y al cabo la ha hecho solamente un aprendiz.
- Pues a mí me parece hermosa.
- Bueno, he de reconocer que los zafiros que le ha incrustado la hacen aceptable para colocarla en la tienda. Además, fundirla otra vez nos sería muy costoso. –Explicó el artesano. –Pero, por favor, permitidme que os muestre otras beldades. –Insistió.
- Pues a mí también me parece hermosa –replicó la nodriza. -¿Cuánto pide por ella?
- ¡Por favor! –se indignó el artesano mirando a Francesca- agradezco en verdad vuestros cumplidos, pero no sería muy honorable por mi parte que intentara encajarles esta cosa pudiendo elegir otras verdaderamente más valiosas.
- Quiero ver al autor. –Expresó tajante Roser. La rotundidad, la serenidad y la seguridad con las que la joven podía llegar a

expresarse en determinadas ocasiones solía causar el temor de sus subordinados, pues de tal modo manifestaba Roser toda la firmeza de su carácter francés.

- Eh... -el artesano dudó unos instantes- está bien, haré venir al aprendiz. -Y al cabo de un momento salió de la rebotica, junto con el hombre mayor, un joven de poco más de dieciséis años de mirada avispada y semblante tímido. Tenía el pelo del color del trigo, los ojos del color de la miel y algunas pecas sobre su blanca faz.
- Saluda a las damas como es debido, aprendiz -Le instó el artesano.
- Mis muy ilustres señoras, eh... mi nombre es Torvald, eh... hum... y soy el autor de esta pieza... emm, espero no haberlas ofendido pero es que aún soy un aprendiz y... eh...
- Torvald, tal vez sólo seas un aprendiz -comenzó Roser- pero creo que has demostrado un gran dominio del cristal con esta obra. -el aprendiz se sonrojó. -No se cómo explicarlo, encuentro que está hecha... con amor. -Al decir estas palabras tanto el artesano como su aprendiz se mostraron perplejos, ¿es que acaso les estaba tomado el pelo esta niñita de papá? Sin embargo, las palabras de Roser no podían ser más sinceras y continuó:
- Dígame artesano, ¿cuánto pide por esta pieza? -El artesano no supo que responder- ¿Y bien? -continuó- estoy hablando muy en serio.
- No debería hacer esperar tanto a una dama de alta alcurnia, señor. - Contestó la nodriza.
- ¿Os gusta la copa, señora? -le espetó a Roser el hombre desafiante- ¡Pues lleváosla tal cual!, no necesito nada. Tomad esta... *obra*, como un regalo personal.
- ¿Está hablando en serio?
- ¡Claro que sí! -exclamó. -¡Claro! -Y dirigiéndose al aprendiz dijo: - ¡Torvald, prepara el paquete para las señoras!

Torvald no podía creer en su suerte. No sólo se habían fijado en su pequeña copa, sino que además lo había hecho la mujer más hermosa (estaba seguro) de todas las tierras catalanas. “Oh, señor, ¡qué bella es!” –pensaba– “¡Qué hermoso rostro y que ojos tan verdes!, ¡qué delicada y pura!, ¡y qué carácter!, seguro que es la envidia de su casa y de todos cuantos la rodean... oh, señor, ¿por qué no traes para mí a una mujer así?”.

Torvald retornó hacia la tienda con el objeto delicadamente empaquetado. Una sonrisa se posaba sobre sus labios al salir.

- Aquí tenéis mi bella dama –se aventuró a decir Torvald mientras le acercaba el paquete al regazo –os agradezco sinceramente vuestra atención y... volved, por favor, cuando queráis.
- Gracias, Torvald. Estoy segura de que algún día te convertirás en un gran maestro artesano –respondió Roser osadamente.
- Será mezquino este gañán... -refunfuñó el artesano entre dientes. –Mi bella dama, señoras ambas... -dijo dirigiéndose a ellas- Permitidme daros otra vez la bienvenida y las gracias. Y también, si no es inmiscuirme demasiado, visto que a *Su Alteza* le agradan tanto las obras de este pequeño aprendiz, he pensado que, bueno... quizás os gustaría llevároslo con vos al castillo. Estoy seguro de que allí tendría un gran fututo como artesano particular.

El hombre estaba intentando deshacerse de Torvald, a quién en realidad siempre había considerado un inútil y al que no le había quedado más remedio que tomar como aprendiz por ser éste hijo de una sobrina suya.

- ¿Cómo?, ¿me está usted intentando vender al aprendiz? –contestó airada Roser.



- ¿Yo?, ¡no por Dios!, ¡nada más lejos de mi intención!, lamento que me malinterpretéis, señora. Lo que quería decir, y disculpad si este humilde artesano no sabe expresarse con claridad, lo que quería decir es que... veréis, tengo muchos aprendices a mi cargo, pues el Maestro se ha empeñado en crear como... hum, una *escuela para jovencitos* y, em, la verdad es que luego los oficiales no damos abasto con el taller.
- ¡Pero, oh Dios Mío!, ¿cómo se le ocurre tal cosa?, ¿es que acaso no sabe que los hombres libres no se pueden comprar!
- ¡No, señora!, mi bella dama... yo no... ejem, no era mi intención vendéroslo... sólo había pensado, perdonadme la osadía, que quizás, podíais llevároslo bajo vuestra protección. –Ante estas palabras, Roser vaciló unos instantes.
- Está bien, accedo.
- Gracias, señ...
- Pero con una condición –interrumpió Roser- Seré yo la que se encargue de subvencionar su formación, pero estará bajo *su tutela*. Es decir, que será usted el que se encargará de instruirlo en todo lo que sea necesario para pulirse en el bello arte del cristal. Yo vendré de vez en cuando a revisar sus trabajos. –continuó- Y quizás, en el futuro, cuando vea que está lo suficientemente capacitado, lo contrate.
- Sí, claro. –Al ver que el rostro del artesano se contraía, replicó:
- No se preocupe, no será dentro de mucho –sonrió.

La vuelta al castillo fue silenciosa. Francesca había observado toda la escena calladamente y no le había gustado nada. Poco después de descender del carruaje, cuando todavía no habían entrado en los recintos, le espetó:

- Espero que sepáis, Roser, lo que estáis haciendo. Tanto trovador y tanto juglar... ¡se os está llenando la cabeza de pájaros!



- ¿Qué quieres decir, Francesca? –contestó Roser aturdida.
- Nada. Que estáis en una edad muy mala. –Hizo una pausa antes de continuar:
- Y... si un día hacéis algo que desagrada a vuestro padre, no dudéis en que mandará que os corten la cabeza.

III. Regina Mundi et Cordum

Pasaron diez años desde entonces y Roser ya no era la jovencita de antaño. Se había casado con Guillaume de Vielha y vivía con él en sus dominios, alejada de la tierra que la vio nacer. Había tenido un hijo que ahora tenía algo más de seis años y que también se llamaba Guillaume, como el occitano, pero que no se parecía en nada a él: de aspecto tímido pero avisado, el niño tenía el pelo del color del trigo y los ojos como la miel. Y pecas en la cara.

Hacía mucho que no le pasaba, pero un buen día, mientras contemplaba el vasto paisaje que se erigía impresionante desde lo alto de la torre del homenaje, Roser volvió a pensar en él. Por aquel entonces ella no lo sabía, pero aquella vez, en la calle de los artesanos, cuando se comprometió con aquel cristalero a tomar bajo su protección al joven aprendiz, había dado el primer paso hacia su destrucción. Primero fue a verlo una vez al mes, pero después fue aumentando la frecuencia de sus visitas hasta que ésta se fue acortando a semanas, incluso días. Después decidió llevarse al aprendiz al castillo para que trabajara para ella bajo la tutela del Maestro Simó y entonces comenzó a visitarlo cada día... y cada noche. Al poco tiempo la casaron y no volvió a verlo más.

No obstante, un día de buena mañana llegó un mensajero al castillo.



- Traigo un recado para la señora –anunció.

El recado resultó ser un obsequio, una hermosa bandeja de cristal que había sido elaborada cuidadosamente y a la que le habían grabado sus iniciales y un mensaje: R. S. REG. MUND. ET COR. (*R. S., Regina Mundi et Cordum*).

- Oh Díos mío, “Reina del Mundo y de los Corazones”... Oh, Torvald, otra vez tú no, por favor...

Roser intentó olvidar aquello pero casi todos los días le llegaban regalos, hasta que un día alguien en persona vino a visitarla.

- ¿Por qué has venido, Torvald?, hace mucho que intento olvidarlo...
- Pero yo no puedo olvidarme de ti. Te necesito.
- No puedo, Torvald, estoy casada.
- ¡Pero si ni siquiera ha concebido un hijo *para tí!*, ¡no habéis consumado!

Al oír estas palabras, Roser se indignó tanto que le abofeteó la cara.

- ¡Sois un grosero! –dijo, y salió huyendo.

Pero Torvald no cejó en su empeño y regresó otro día.

- La señora dice que no conoce a ningún Torvald de Roix y que no desea veros.
- Decidle, pues, que el más ilustre de los Maestros Artesanos Cristaleros de la ciudad de Roix está aquí y que es fundamental para todo el gremio que me reciba.



Aquella noche, sólo aquella noche, Roser se dejó convencer de nuevo: seis años después nació Guillaume.

Mientras miraba por la ventana de la torre del homenaje, los recuerdos volvían apresuradamente a su imaginación. Anhelaba saber qué había pasado con Torvald. Sabía que después de aquel suceso había vuelto a Roix para poco después embarcar hacia Florencia. A Roser no le sorprendía, pues Torvald solía admirar a los maestros italianos. Más tarde supo que había vuelto a embarcar, pero esta vez hacia Barcelona, y más tarde aún marchó hacia Cervera... y después a Zaragoza y después a Castilla y después... el maestro Torvald de Roix era famoso, pero, no obstante, allí le perdió el rastro. Quizás se hubiera marchado luego a Inglaterra o a Flandes, o quizás había vuelto a casa... qué más daba ya, no sabía nada de él y no debía volver a enterarse.

IV. La Conspiración

Ramon de Sanyell paseaba inquieto por sus estancias privadas. Sabía que estaban conspirando contra él y que pensaban matarle si hiciera falta. Lo sabía todo, pero no sabía *quiénes* estaban detrás del complot. Ramon era un hombre cabal que sabía que tenía muchos enemigos, pues de envidia estaba lleno el mundo y era irremediable, pero lo que le hacía carcomerse por dentro era el *por qué*. Había tratado bien a sus súbditos así como a toda la gente del castillo, había formado todo tipo de alianzas y buscado la paz incansablemente. Había intentado establecer todos los vínculos comerciales posibles acercando a nobles, comerciantes y judíos a su lado, y había ayudado siempre a la Iglesia. Incluso había casado a su hija con Guillaume de Vielha, la persona más poderosa en aquellos momentos de todo el sur de Occitania y que, se suponía, estaba de su



parte para proteger las fronteras. Sus hijos siempre se habían mostrado fieles, pues al fin y al cabo pensaba distribuir sus posesiones entre ellos, ignorando las leyes que manifestaban que la totalidad de las mismas debían ir a parar al primogénito, al *hereu*. ¿Quién, pues, podía estar conspirando contra él?

En ese mismo momento decidió coger su caballo e ir a visitar a Guillaume.

- Están conspirando contra mí.
- ¿Quiénes?
- No lo sé, ¿vos tenéis alguna idea?
- ¿Cómo sabéis que están conspirando contra vos?
- Tengo mis hombres. Ellos me informan.
- Querido Ramon, no ha llegado a mis oídos nunca nada acerca de conspiraciones, por si os quedáis más tranquilo, pero si queréis mi opinión... -Guillaume vaciló.
- Si queréis mi opinión –continuó –mi más sincera opinión, creo que el cerco se está cerrando en torno a vos.
- ¿Qué queréis decir, Guillaume?
- Quiero decir que... veréis, hace tiempo que sé que vuestros hijos se disputan vuestros favores y que... -en esos momentos Guillaume se interrumpió, no sabía si debía continuar por ese camino, estaba empezando a pisar aguas farragosas.
- Proseguid, si sois tan amable –contestó Ramon.
- Vos ya estáis mayor, mi querido amigo, y tenéis dos hijos varones. Dos. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa?, en mi opinión creo que deberíais hacer lo justo que dicta la ley y *deshaceros* del pequeño.
- ¿Estáis insinuando que mate a mi propio hijo?
- ¡Oh, por la Gracia de Dios, Ramon!, ¿cómo voy a estar insinuando eso?, simplemente os estoy diciendo que deberíais ir pensando en un



monasterio para él. Con su categoría, es fácil que ascienda rápidamente.

Aquella misma tarde Ramon volvió presto a su castillo y aquella misma tarde también volvió a su tierra natal Torvald de Roix, el maestro cristalero.

Un mes más tarde, Roser se encontraba jugando con su hijo en el patio cuando oyó una voz a sus espaldas.

- Me alegro de verte... otra vez.

Roser se quedó perpleja. Acababa de darse cuenta que llevaba años soñando con ese instante y su pasión la empujaba a arrojarse inexorablemente a los brazos de su ser querido. Pero en vez de eso se contuvo y le dijo a su hijo:

- Mira Guillaume, observa a este señor, es un artesano. ¿Sabes lo que es un artesano?, ¿sí?, pues éste es un artesano de artesanos –Roser sonreía –es un maestro artesano de los que trabajan el cristal y... ¡es famoso en el mundo entero!

- ¿De veras?

- Sí, mira, dile algo, lo mismo si te portas bien te hace un retrato de cristal.

- Encantado de conoceros, Maestro Cristalero –replicó el niño. -¿Cuál es vuestro nombre?

- Torvald, mi nombre es Torvald de Roix.

- ¿Sois occitano?

- No, soy catalán, como vuestra madre.

- ¡Qué bien, como yo!, ¡mamá, como tú y como yo!



- Sí, hijo, como tú y como yo. –Roser volvió a sonreír y al instante le espetó a su hijo: -Anda vete con Francesca y que te enseñe cosas.
- ¡Así sea! –respondió el niño.
- Espera... ¡Guillaume!, vete *sólo* con Francesca y cuéntale esto *sólo* a ella, ¿has entendido?
- Está bien. No todos los días se conocen artesanos importantes. Será un secreto.

Torvald estaba admirado. Su hijo era precioso y por fin había tenido la oportunidad de verlo.

- Te escribí sólo por él.
- Ya lo se.
- Me he arrepentido durante muchos años por no haberte presentado a tu hijo, pero si alguien se enterase, si Guillaume se enterase...
- Lo sé, no te preocupes. Lo único que me molesta es que le hayas puesto su nombre.
- ¡Oh, Torvald, por favor!, ¿qué querías que hiciera en tales circunstancias?, además, finalmente lo decidió él.
- Está bien, está bien. Sólo quería despedirme de ti por última vez. Además, creo que ya va siendo hora de que me case y forme mi propia familia, sino ¿quién va a seguir con mi negocio?
- Cierto.
- Pero dame un beso, Roser, un beso de despedida. La última vez, te lo prometo, ésta vez sí.
- ¡Oh, Torvald!, ¡tómalo!



En esos momentos, una figura apareció por entre las sombras y se quedó observando la escena. Era el mozo de las caballerizas, que siempre había estado enamorado de la señora.

- ¡Adúltera!, verás lo que es bueno.

V. El Secreto

- Roser, sé lo que has hecho, sé lo que has estado haciendo todos estos años. Lo sé todo.
- ¿De qué hablas, Guillaume?
- Vamos, mujer. No te hagas la tonta. Hemos estado jugando durante todo este tiempo la misma partida de ajedrez, sólo que tú no te habías dado cuenta y... ahora yo he hecho Jaque.
- Por favor, sé claro.
- ¿Aún así, después de lo que has hecho, osas pedirme que sea claro?
- ¿Cómo?
- Verás, querida esposa, durante todos estos años he sabido que me engañabas con ese maestro cristalero, ¿o te crees que soy tonto?, pero creo que en estos momentos hemos llegado a un punto de inflexión.

Tenía miedo. Su marido difícilmente tendía a volverse iracundo, pero no sabía cuán lejos podía alcanzar la ira de un esposo burlado.

- Me has engañado. Has faltado a tus deberes como esposa y me has engañado. ¿Sabes lo que pasará si tu padre se entera?, ¿sabes la deshonra que caerá sobre toda tu familia? –Guillaume hizo una pausa –Mujer, a estas alturas a mí todo esto ya me da igual. Me has dado un



hijo, aunque no sea *mío* en realidad, que portará con orgullo el estandarte de esta casa; eso es lo único que necesito. Y *tu secreto* no saldrá, si no quieres, de los muros de esta habitación.

Roser estaba más perpleja todavía, ¿qué era lo que buscaba Guillaume?

- Pero si tu padre se entera... será peor aún que cuando averigüe que todos, tus hermanos y yo incluidos, estamos conspirando contra él. – dijo con una sonrisa maquiavélica en su cara. Fue en esos momentos cuando ella se dio cuenta de que la estaba chantajeando.
- ¿Qué quieres Guillaume?
- ¿Qué quiero?
- Sí.
- Te propongo un reto.
- ¿Otra vez?
- Sí, pero esta vez tendrá forma de pacto.
- Ya no tengo doce años.
- Pero te conviene. –Le espetó. Y Roser sabía que tenía razón.
- Dime.
- Quiero que primero me ayudes a deshacerme de tus hermanos. Primero del pequeño, de Armand, pues será lo más fácil para empezar, y después del *hereu*.
- ¿Qué pretendes, Guillaume?
- Pretendo aliarme con tu padre y convertirme yo, o mejor dicho, convertir a nuestro hijo, en el legítimo heredero.
- ¿Y mi padre?
- Después iré a por él –afirmó Guillaume.



No podía creerlo, jamás hubiera podido imaginarlo, su propio marido la estaba chantajeando para que se volviera contra su familia... y el único consuelo que le quedaba era pensar que su hijo acabaría siendo el señor de todas las tierras... si es que no se torcían los planes.

- ¿Y bien?, ¿qué me dices?
- No lo sé, Guillaume, yo...
- No tienes opción. Ya sabes cómo acaba esto, Roser. Jaque Mate. Y la partida está ahora de tu lado del tablero. –Guillaume hizo una pausa para que ella analizara sus palabras.
- Hazle Jaque al rey, mujer, antes de que el rey te lo haga a ti.

VI. Un Golpe de Suerte

Un charco de sangre rodeaba el cuerpo de Enric de Sanyell cuando Armand lo vio por última vez. No le había dolido hacerlo, pues siempre había odiado a su hermano, y por fin se lo había quitado del medio de una manera sencilla y rápida. Ahora era él el único *hereu*. Su padre había llorado en el funeral, no sólo por su hijo, sino porque había descubierto que el peligro al que debía enfrentarse era mayor de lo que esperaba. Sabía que había sido Armand, no obstante, no podía cederle el vizcondado a Guillaume de Vielha a pesar del crimen. Sin embargo, sabía que con estos acontecimientos Guillaume de Vielha podría volverse también en su contra, ya que él siempre había apostado por Enric y ahora que Enric no estaba, podía ver innecesario mantener una alianza. Las cosas se habían complicado enormemente.

Entonces Ramon pensó en su hija, ¿estaría intercediendo por él?



Pero las cosas se complicaron aún más cuando Armand, que era muy astuto, averiguó el secreto de su hermana. Fue por casualidad, pero las casualidades siempre vienen inesperadamente. Así, la fortuna se puso de su parte cuando descubrió, sin querer, los cuchicheos de dos criadas en el castillo de Guillaume. Había solicitado audiencia con su cuñado para ofrecerle una alianza contra su padre: muerto su hermano, pensó que el señor de Vielha le podría respaldar para ser el futuro *hereu* de Sanyell. Sabía que su padre podía castigarlo por el crimen tal y como mandaba la ley, por parricida. Entonces haría heredero de sus dominios a su nieto Guillaume, hijo de Guillaume de Vielha, lo que era como convertir al occitano en vizconde oficioso de todas las comarcas y feudos que durante cuarenta años habían permanecido indivisibles, generación tras generación, bajo el dominio de todos y cada uno de los varones nacidos en la casa de Sanyell. Y eso le daba asco. Por esta razón, Armand simplemente había decidido adelantarse a los acontecimientos, pero ahora se le presentaba una ocasión mejor.

Sin embargo, le expuso sus anteriores ideas a su cuñado, como había venido hacer, sabiendo que podía utilizarlo como una estratagema más para llevar a cabo su perfecto plan.

Cuando Armand salió del castillo, Guillaume se dirigió corriendo a los aposentos de su esposa:

- ¡Roser!, ¡lo sabe!, ¡él lo sabe!
- ¿Qué?
- Tu secreto.
- ¿Armand?
- Sí, Armand.
- ¡Oh, Dios mío!, ¿cómo sabes que lo sabe?
- Lo he visto en su cara.

VII. Juglares y Trovadores

Mas la vida continúa a pesar de los males y, así, cien años después de la muerte del Vizconde Ramon de Sanyell, los poemas de los juglares y trovadores de todo el Rosellón y del sur de Occitania, rezaban así:

ROMANCE DE ROSER DE SANYELL

Un buen día de primavera,
La doncella más bella del vizcondado,
Marchó a comprarse alhajas,
A las tiendas del mercado.

La hermosa dama encontró una hermosa copa,
Que hecha del más fino cristal,
Parecía así tallada por la mano de un ángel,
Y no había por allí otra igual.

Tan asombrada quedó la dama,
Que se sorprendió profundamente al descubrir,
Que el autor de tan sublime obra,
No era, otrora, que un jovenzuelo aprendiz.

Rosario, hija del Señor de Sañel,
Era la dama, que así se llamaba,
Y enamorose de aquel artesano,
Que en Roy vivía y trabajaba.

Y el artesano, que Torvaldo se decía,
Enamorose también de la dama,
Pues no había otra doncella igual,
En toda la tierra catalana.

Mas cuando la doncella llegó a moza,
Con un noble aranés la desposaron,
E della tendría por fin un niño,
Al que dejar sus tierras y legado.

Mas el hijo no era suyo,
Sino que era del otro, del artesano,
Pues menos palabras y más amores,
Tuvo con ella el pícaro vasallo.

E mientras, el vizconde dudaba qué hacer con lo suyo,
Porque aunque al pequeño, por ser menor, no le tocara,
En el castillo a su padre hacía buen servicio,
E a ambos sus dos hijos éste amaba.

Pero un buen día Ramón, el vizconde,
Se enteró de lo que sus hijos tramaban,
E de que el niño de Guillaume no era suyo,
Pues en realidad su hija era al otro a quien buscaba.

Al descubrir tales noticias, enojose el Señor de Sañel,
“¿Pues qué ocurre en esta mi casa,
Que todo el mundo a expensas mías,



Esconde, miente, tergiversa y engaña?”

Y en cuanto a su desdichada hija,
Que prefería al intruso que en su casa había alojado,
El vizconde se lo pensó pacientemente,
Y he aquí lo ordenado:

“Por ser mujer impía e con otro haber yacido,
A amante y amado buen castigo se les dare,
E yo que aquí dicto, ejecuto y mando,
Ordeno que a los dos ambos, en público se les colgare”.

E fue así que el embrujado esposo,
Para vengar a su esposa de todo lo hablado,
Al poco tiempo, con alevosía e bravura,
Oculto por la noche, mató a su cuñado.

Triste estaba el vizconde, triste Señor de Sañel,
Porque agora sabía y comprendía,
Que mandado estaba de darle todo a su yerno,
Aún fuese lo acontecido tanto verdad como mentira.

Triste estaba el vizconde, triste Señor de Sañel,
Pues por hacer caso a su padre había perdido,
A sus tres hijos, e sus tierras, que tan fructíferas eran,
A causa destos e otros terribles conflictos.

E fue desta que no de otra manera,
Como el hijo de un artesano,



Tania Lobato

De todo lo que tenéis a vuestra vista,
Se convirtió en señor y amo.

Pero escuchad amigos, que aún esto no acaba,
Pues cuenta la leyenda que encarnados en sendos astros,
Sol e luna, luna e sol,
Viven el día e la noche los enamorados.

E sabed también que esto que os digo,
Se ve al mirar el cielo e las estrellas,
Pues bien seguro es que cada ocaso e cada amanecer,
Iluminan los nuevos amores que aquí abajo se encuentran.

FIN

(Octubre 2007 / Ampliado en Marzo 2008)